

hijo de ésta, iba con nosotros a la escuela. Su hermana Társila, era de una belleza tan atrayente, que hasta las mujeres se conmovían a su paso, y todas las que hemos citado, que eran bien arrogantes, las primeras.

Otra chica había en la calle, que no merecía a su lado, muy metida en su casa y exenta de fogosidad, que no se la veía más que en el balcón, aunque cuidada siempre; la Dolores Toboso.

Por entonces, vino a Alcázar Pepe Sancho, ahora alcazareño de corazón; y también el primer automóvil, que llevó hasta la Cañamona a unos cuantos, que vinieron asombrados de la velocidad—14 minutos.—Entre ellos el Sr. Canet y Manuel Comino.

Este trozo de calle, tan simpático y agradable, era tan alcahuete como otro cualquiera, pero de diferente estilo, menos agresivo, con menos saña, tal vez por tener siempre materia fresca sobre qué cebarse, proporcionada por el trajinillo de la Estación; los que iban, los que venían, los que no se acostaban y las fulanas y los menganos, movilizados por la cuadrilla del «Pámpano» y los de la Paja, que siempre revertían a esta calle, como aquel pobre cojo que dejaban puesto al sol, aterido y medio muerto, con la ventana abierta, en la planta baja de la primera casa del «Rus», mientras las palomas alzaban el vuelo.

Por entonces, el gran alarife Jesús Lucas, se extasiaba preparando la magnífica cueva para las casas que después levantó en la esquina, a cuya vuelta, lo vende ahora tinto nuestro primo Rafael, el hijo del «Jaro Rufao». De la misma fecha son las casas de Andújar, que asombraron por su altura, pues nadie había sentido la necesidad de hacer tres pisos habitables donde se podía correr en extensión lo que se quisiera. Fue el primer indicio del futuro valor comercial del barrio, cosa a la que también contribuía la oficina de Telégrafos, instalada en la casa que hace esquina al callejón de los guardias y que entonces regentaba Reyes Romero, al que llamaban «Brocha», por el gran bigote que tenía y «Rengue» por apodo familiar,

Procedía de la calle Toledo, como nosotros, donde enviudó. En la época a que nos referimos, ya casado con la Ramona de Tejero, se quedó con la luz eléctrica y montó una agricultura que mejoró mucho su situación económica.

Un detalle revelador del fermento evolutivo que obraba en la calle, lo constituía el saludo. Cuando en todo el pueblo se decía «buenos

días nos dé Dios» «buenos días tenga Vd.» o «buenos días hermano» y al llegar a una casa era corriente el «Ave María Purísima» y «sin pecado concebida» o «alabado sea Dios», en este barrio se cubría la fórmula con una media palabra, que entonces extrañaba a la gente vieja del pueblo, se saludaba diciendo: «Buenas» o «muy buenas», prolongando un poco la sonoridad de la última sílaba: «Buenasss».

Ya había hecho Juan Lucas, hermano de Jesús, la casa de orilla del «Roco», donde vivía y enviudó entonces con numerosa familia, que se ha extinguido casi totalmente. Manjavacas, el maquinista, había hecho la suya frente a Gabriel Mata. Vivía un poco desambientado y con el prurito de la mecánica, siempre estaba enredando y mostrando las pruebas de su ingenio. Junto a él Juan Núñez, jefe de noche, y la Juana ponían una nota de severidad, única en la calle, pues aunque «Casitas» parecía también un hombre grave, se notaban que eran meras apariencias, pues en el fondo era un juerguista y Garzón, tan serio, no era severo, sino bondadoso y cumplidor.

VIAJE DE IDA Y VUELTA

UNA enfermedad aniquilante, con angustia de muerte, vino a interrumpir estos trabajos cuando más entusiasmado estaba con ellos. Quedé convertido en un andrajo, anulados todos los atributos de la personalidad, hasta que las treguas se fueron intercalando en el sufrimiento, singularmente en las madrugadas, avivándose con el nuevo día los recuerdos que quedaron soterrados por el dolor poco tiempo antes. Alcázar volvía a cruzar por la imaginación, que no obstante el colapso sufrido, seguía complacida en el recuerdo infantil, con preferencia al momento presente, más importante sin duda, pero menos cordial y menos sentido.

Este accidente y sus consecuencias, han permitido contrastar los recuerdos de la infancia alcazareña con los juveniles de Madrid, la segunda patria chica, donde tantos rincones nos llenaron de ilusión y de gozo, haciéndonos sentir la vida de la Villa como única apetecible; de Madrid al cielo y un agujerito para verlo.

Estos rincones han perdido su encanto. Unos han cambiado sin aparentarlo, como San Carlos y el General, que parecen vacíos. Otros han desaparecido—Café España, Teatro Romea,